

**> PERSONAJE ÚNICO / EUGENIO SANTOS**

En 1981 logró aislar e identificar por primera vez un oncogén humano cambiando el rumbo de la investigación contra el cáncer. Ahora comparte sabiduría como director del Centro de Investigación del Cáncer de Salamanca. Por **J. M. Blanco**

Discípulo de Severo Ochoa

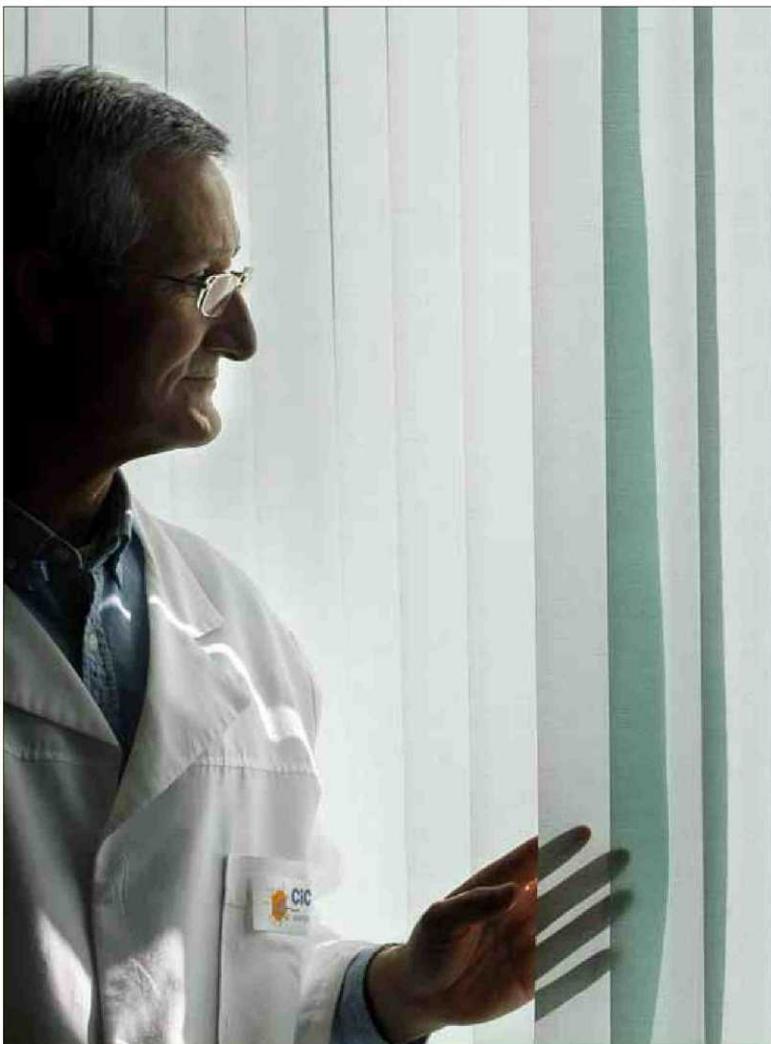
La sonrisa de Eugenio Santos esconde una infancia difícil llena de buenas notas, una adolescencia repartida entre sobresalientes y deporte, y una vida luchando contra el cáncer. El director del Centro de Investigación del Cáncer de Salamanca fue uno de esos jóvenes españoles que, tras firmar una tesis doctoral cum laude en la Universidad de Salamanca, emigró a EEUU con una beca de investigador.

En 1979 llegó al Roche Institute Of Molecular Biology de New Jersey, donde estaba Severo Ochoa. Dos años más tarde, gracias a sus trabajos de clonación, al Laboratory of Cellular and Molecular Biology del National Cancer Institute, en Maryland. Durante estos años Eugenio Santos se convirtió en el 'nieto' de Severo Ochoa, con quien compartió avances en el laboratorio e inquietudes por España. Juntos escucharon, en una pequeña radio, el intento de golpe de Estado de Tejero.

En 1981, con 28 años, logró aislar e identificar por primera vez un oncogén humano, el H-ras. Un descubrimiento que cambió para siempre la investigación contra el cáncer. «Hasta entonces había mucha ideas sobre el origen del cáncer y una de las posibles era el origen genético. Gracias al trabajo de transfección y clonación, conseguimos aislar en un tubo de ensayo el oncogén», explica. Desde entonces, su actividad en los laboratorios ha estado enfocada a aspectos de la estructura, función y regulación de genes y proteínas de la familia Ras.

Durante esos años, se empapa de una cultura diferente e intenta convencer a sus conocidos en España de lo importante que sería contar aquí con un centro de investigación similar. En 2000, su siembra se convierte en el CIC de Salamanca y regresa. «Quería intentar transmitir un poco la filosofía traslacional entre investigación básica y clínica, que es la más eficiente. En eso estamos, primero en Salamanca, y desde 2003 en toda España con la coordinación de la red temática cooperativa en cáncer (RTICC) del Instituto de salud Carlos III. Ha sido una filosofía que ha caído, uniendo sinergias», indica.

Durante estos años ha lucha-



El director del Centro de Investigación del Cáncer Eugenio Santos. / CARRASCAL

«No queremos dinero por nuestra cara bonita, queremos competir en igualdad»

do por apoyar a los jóvenes investigadores postdoctorales. «La ciencia es universal. Mi recomendación en estos momentos a los investigadores es buscar salida en centros de fuera de España», sentencia.

También ha buscado financiación para el CIC fuera de lo clásico, de los amiguismos y el clientelismo. «Nosotros no queremos dinero por nuestra cara bonita, queremos competir en

igualdad de condiciones y si nos lo merecemos, que nos lo den. No queremos ayudas, queremos competir en igualdad. Y eso no ocurre en España», indica. Pese al trabajo de organización y administrativo que conlleva ser director del CIC, no ha abandonado el laboratorio.

Santos abrió una brecha contra el cáncer y es optimista. «Nadie va a curar el cáncer, así en general. Entre todos los centros del mundo, desde que se abrió la vía de oncogén, cada año hemos mejorado la tasa de supervivencia entre un 1,5% y un 2%. Es un momento optimista. En ciencia es tan importante lo que funciona, como lo que no. Cada año surgen nuevos fármacos, gracias a la apli-

cación del concepto del oncogén, aplicados a formas específicas de cáncer. Mi predicción es que la pendiente de supervivencia va a ser mejor que el 1,5% anual porque ahora es cuando empiezan a llegar muchos de los fármacos específicos con dianas personalizadas. Con la ayuda de estas terapias dirigidas, el primer paso será convertirlo en una enfermedad crónica. La cura real puede venir con la terapia génica, que ya se está investigando en los laboratorios», asegura.

Mientras llega, sigue encastando puntos contra el cáncer y en otras enfermedades, como la vinculación de los genes Ras en la adicción al alcohol o en los procesos de memoria.